

ARGENTINA: EL FIN DE UNA ERA *

Juan F. Marsal

Juana Azurduy

(Universitat Autònoma de Barcelona)

En síntesis muy ajustada, en esta colaboración se analiza el fenómeno peronista, ahondando en su proceso de descomposición y las causas que lo provocan. Se incluye una interpretación de los orígenes, ideológicos y de clase, del peronismo y de Perón —dada la fuerte influencia de éste en el movimiento peronista. Se dedica especial atención 1) a la crisis que vivía Argentina a fines del 75 y comienzos del 76 en la que se derriba el mito del populismo y 2) a la importancia —negativa— de la ubicación geográfica del país. Y concluye proféticamente: «... o, mucho más probablemente, tendrá lugar la implantación de un régimen dictatorial, autoritario o reaccionario (llámese como se quiera) que recapitalice a este país de enormes recursos en la forma tradicional». Un epílogo escrito casi un año después verifica la capacidad predictiva de la primera parte del artículo.

* El presente artículo es producto de la colaboración de dos sociólogos: Juan F. Marsal y una colega argentina, que dada la grave situación de represión intelectual en Argentina, firma con el seudónimo de Juana Azurduy. La primera parte fue escrita por Marsal desde Buenos Aires a fines de 1975, pocos meses antes que el golpe militar del general Videla acabase con los últimos restos de la era peronista. El epílogo ha sido escrito por Juana Azurduy desde una Argentina que «disfruta» totalmente del gobierno militar que derrocó el peronismo residual de Isabel Perón.

La descomposición del peronismo.

El peronismo es uno de los acontecimientos más insólitos del siglo. Se trata de un fenómeno carismático que se da en un país en el que era difícil esperar la aparición de un régimen político de ese tipo. Su grado de alfabetización, industrialización, secularización y vida urbana parecía lo menos indicado para que en él surgiese un movimiento político de masas devotas en torno a un jefe. Este movimiento, es sabido, nace con aroma fascista. Así lo indica una rápida ojeada a los periódicos y revistas de la época de los que Milcíades Peña es testimonio al decir: «Perón fue aumentando su dictadura con métodos cada vez más parecidos a los de Mussolini. El presupuesto militar de 1945 fue incrementado a casi tres veces de lo que era en 1942, lo cual significó que más de la mitad del presupuesto total fue dedicado a preparativos militares, para alarma de Chile y Uruguay. Cientos de presos políticos llenaban las cárceles, en las que ingeniosas torturas, tomadas de la Gestapo, eran aplicadas.»¹

Esa coincidencia es más ideológica que sociológica. Pues a diferencia de los regímenes fascistas europeos, el peronismo se basa fundamentalmente —tal como expresa Germani— en una movilización de la clase obrera mientras que el fascismo se propuso su desmovilización y la movilización de las clases medias.² De hecho fue el peronismo quien organizó en «sindicatos verticales» a los obreros, con una eficacia y una representatividad que nunca alcanzaron los regímenes fascistas europeos.

Como quiera que sea, el carisma de Perón, la leyenda de Perón (tan diferente, como toda leyenda, de la realidad), llena treinta años de vida

1. Milcíades Peña, *El Peronismo* (Buenos Aires: Ediciones Fichas, 1972), p. 18.

2. Gino Germani, *Autoritarismo, fascismo e classi sociali* (Bolonía: Il Mulino, 1975), pp. 145-187.

argentina. Un analista no peronista lo dijo con claridad a propósito de su muerte. «Durante treinta años los argentinos nos hemos ubicado en el sistema político con relación a Perón: contra él, con él, debajo de él, en función de él. Todas las rutas, en política, se numeraron a partir de este mojón, todas tomaron de él su rumbo y su distancia.»

Pero lo cierto es, también, que Perón se murió a tiempo. Sólo así podrá conservar su gloria. Porque en este mundo la gloria no es más que una sublimación de éxitos, efímeros o duraderos, pero reales. El éxito de Perón en su primera etapa al frente del gobierno consistió en haberse dado cuenta que en Argentina había una revolución por hacer (y una masa disponible que vivía al margen del aparato oligárquico que anacrónicamente la gobernaba). La «revolución peronista», que favoreció sobre todo a las masas obreras y al pequeño empresario nacional, se hizo no obstante con un país momentáneamente enriquecido por la venta de excedentes agrícolas a los países europeos extenuados por la Segunda Guerra Mundial. Es cierto, Perón «concedió» mucho más al pueblo que sus predecesores (y sucesores) pero, fascista ideológico al fin, su «revolución» no fue más que un *ersatz* de revolución. Nada estructuralmente relevante fue modificado. Las fuentes de producción, sobre todo la fabulosa «pampa húmeda», quedaron en las mismas cuatro manos.

Cuando en 1973 tras dieciocho años de todo género de ensayos de gobierno —antiperonismo «gorila», peronismo sin Perón, neoperonismo, properonismo, paraperonismo— vuelve Perón a la Argentina (llamado en forma urgente por el fracaso de esos 18 años) lo hace como un héroe descolgado de los cielos. El sueño del retorno en un caballo blanco vence sobre la tentación burguesa de una vida cómoda en su quinta de Puerta de Hierro. Le cuesta la vida. El anciano líder, exhausto, no puede resistir las tensiones de una Argentina que no tiene ya nada que ver con el país beneficiado por la postguerra europea.

Su última aventura política es lo más peculiar de todo el proceso. En ese momento lo apoya una vasta coalición (de todas las formas y colores) que tienen como factor común la creencia en las virtudes taumáticas del líder.

También es cierto que la clase obrera (principal punto de apoyo de este «operativo retorno») «al adoptar el peronismo, adopta el único camino posible a la institucionalización».³ Pero, la coalición de creyentes que se les une es demasiado heterogénea. Desde antes de su llegada empieza la pugna entre los diversos componentes y sólo el carisma del líder logra

3. Gino Germani, *Ibid.*

retenerlos juntos. A pesar de todo, Perón tiene que contemplar impotente cómo un sector de la juventud peronista se autoprescribe y se transforma en guerrilla. No hay nada que indique que la descomposición no hubiese seguido. Perón sólo habría podido retardarla a costa del desgaste de su prestigio. Su paso a la inmortalidad —local— le evitó eso.

Perón dejó una herencia casi imposible de asumir: su carisma personal. En primer lugar porque el poder personal sólo puede ser heredado cuando es institucionalizado a tiempo por una estructura política organizada que pueda prescindir del personalismo inevitable característico de todo fundador.

Para que sea factible asumir esa herencia se necesita, además, dejar un régimen político que sea viable en el momento en que el líder desaparece. Y el populismo peronista es inviable en la Argentina actual. Allí como en toda América Latina ahora no hay reservas que gastar y no quedan más que dos caminos: o capitalizarse con represión a expensas de los de abajo o distribuir con más justicia la pobreza que se tiene. Sólo el malgastar reservas «pudo» dar la impresión de que existía una tercera posición.

Perón (como casi todos los jefes personalistas) barrió a cualquier valor que pudiera sustituirlo o hacerle sombra, fuese dirigente sindical, político o ideológico, y dejó su sucesión política a una camarilla. Por un momento los desconcertados argentinos, necesitados de un asidero a su inestabilidad, confundieron la herencia familiar con la sucesión política. Pronto el espejismo se evaporó y la camarilla familiar quedó desnuda de poderes carismáticos frente a los componentes de una coalición en desintegración; los sindicatos, los partidos, las Fuerzas Armadas, cada cual tira por su lado.

Un semanario ha recordado ahora unas palabras del mismísimo Perón dos semanas antes de su muerte: «Estos ilusos que especulan con mi herencia se equivocan; yo no le paso el testimonio a nadie. Les dije hasta cansarme que se organizaran y no me hicieron caso. No quiero ni pensar cuando yo no esté. En el peronismo no hay ningún heredero a la vista. Que Dios los ayude.» Lo que dicho por quien ha sido protagonista y *factotum* de tres décadas de vida de su país es un perfecto ejemplo de lo que en sociología se llama «autocumplimiento de profecía».⁴

4. Robert K. Merton, *Teoría y estructura sociales* (México: Fondo de Cultura Económica, 1964), pp. 419 y ss.

Anatomía de una camarilla

En julio de 1975 cesó en el gobierno argentino el, hasta entonces, omnipotente ministro José López Rega. Los argentinos empezaron a hablar de su partida como de la liberación del mismísimo espíritu del mal. Se comportaron como una tribu primitiva que se libera de alguna influencia demoníaca y se apresta a vivir en la felicidad. Naturalmente eso poco tenía que ver con la caótica realidad política del país del Plata, ni con la bancarota económica que padecía. Eso no hay espíritu ni ministro que lo arreglase. Argentina, entre tanto, se desenvolvía en un proceso económico de postguerra, pero sin guerra.

Es extraordinario que las sociedades, contra toda evidencia histórica, se aferren a la ilusión de que es el gran hombre —o el mal hombre— el que explica solito el éxito o fracaso de una colectividad humana. De todas maneras los argentinos al pensar un tanto mágicamente respecto al señor López Rega lo honraron, pues justamente entran en su terreno ideológico-mágico, donde la acción de los espíritus nacionales o internacionales había desplazado a las prosaicas realidades económicas. Un periodista se preguntaba asombrado como «un personaje casi iletrado, sin talento aparente para la política, y con una ideología a la que por lo menos hay que calificar de extravagante, fue capaz de llegar tan lejos en un país donde los escépticos son mayoría». Y es que éste, y otros ejemplos echan por tierra muchas cómodas teorías sobre la modernización. Porque fue otro cabo, el cabo Hitler, el que arrastró a uno de los países más «modernos» del mundo a una tremenda aventura irracional.

Pero el poder en manos de estos líderes de la irracionalidad no sólo es melodía ideológica: la música va siempre acompañada de la represión, el asesinato de los disensores y el cercenamiento de la libertad. Como hace unos cuantos años advertía Pinilla de Las Heras en la ya histórica revista barcelonesa «Laye»: «Cuando algún español escribe sobre cuál es nuestro verdadero ser, cuál es nuestra conciencia nacional unitaria [...] el ciudadano que lo lee se encuentra ante un cuerpo de norma de gran poder coactivo, puesto que se le afirman que emanan de la más estricta —de la única— autenticidad nacional.» López Rega también habla del «verdadero ser nacional», mientras simultáneamente capitaneaban sus servicios un aparato de forajidos anticomunistas tremendamente eficientes.

López Rega deviene, pues, en ideólogo de un determinado momento de la política argentina, insertándose en un movimiento como el peronismo no caracterizado precisamente por su coherencia. Eso no puede constituir una sorpresa para los ingenuos que se han tomado en serio la ideología, tan difundida en los países avanzados, del fin de las ideologías, según la cual

la ideología responde a una etapa primitiva del desarrollo político y que cuando se llega a una etapa avanzada (la industrialización) desaparecen los ideólogos y las ideologías. Pero, para desgracia de los doctrinarios del «no más ideologías», siempre hay algún cabo con ideas emanacionistas en cualquier país modernizado, cuando no en nuestro propio barrio, dispuesto a demostrar todo lo contrario.

Porque lo que sucede es que la ideología, la imagen que un pueblo o un grupo humano tiene de sí mismo, es tan parte sustancial de él como el número de habitantes o sus recursos naturales. El hombre y la sociedad humana funcionan con imágenes, con ideas. Estas ideologías, surgidas para justificar situaciones y condiciones muy reales, se despegan de la realidad, se hacen «fantasía» en los momentos de mayor crisis. Es precisamente en la catastrófica Argentina depauperada donde se lanzó el slogan de la «Argentina Potencia», así como emergieron los sueños imperiales «hacia Dios» en la hambrienta España de postguerra.

Pero tras el derrocamiento de López Rega, del cual todos hicieron leña en la Argentina con la habitual inmisericordia política, se oculta un fracaso mucho mayor. Me refiero a la trágica confusión de que los sucesores domésticos de Perón sean sus sucesores políticos. Cuando históricamente nunca es así. Un líder carismático tiene rara vez sucesores, pero si los tiene no están justamente dentro de su familia, sino en la organización. Solamente la monarquía fue capaz de identificar el carisma con la familia misma. Pero ése es un fenómeno de *altri tempi*.

Lo que se ocultó por cautela y conveniencia en la prensa argentina de aquellos días fue el fracaso del grupo «lumpenburguesía» (quieres y no puedes: ex bailarines, ex policías, economistas aficionados, etc.) que tan malamente sucedieron al endiosado Perón, representaron el fracaso de Perón mismo, quien en su egolatría y capacidad de manipulación no dejó nunca organizar a su partido con independencia de su persona ni toleró ningún colaborador de talento en torno suyo —de derecha o de izquierda, lo mismo da— que pudiera hacerle sombra. Así, con la comodidad de quien tenía la llave del grifo pudo predecir que detrás de él vendría el diluvio.

Del llamado «grupo de Madrid», o sea, el conjunto de personas que hicieron su «carrera» arrimándose al líder justicialista en el exilio, sólo quedó su viuda.

Fascismo y pingüinos

El hemisferio austral, dominado por el agua, tiene muy pocos atractivos. Dentro de este hemisferio el «Cono Sur» está pasando por uno

de los períodos más tristes de su historia. Chile, Uruguay y Argentina están experimentando con formas más o menos autóctonas, más o menos generalizadas, un fascismo hace años periclitado en Europa. Se trata de fascismos periféricos o hispanoparlantes en los que obviamente nadie se va a jugar ninguna guerra mundial. Incluso la misma CIA, tan generosa en otras latitudes, sólo hizo en Chile una modesta inversión para aplastar el gobierno constitucional de Salvador Allende. A los «nativos» se los puede dejar cocer en su obsoleta salsa que a nadie, salvo a ellos, concierne. Al fin y al cabo es una excentricidad política propia de aquel hemisferio acuático. Como los pingüinos, que nadie, salvo adictos a las enciclopedias, sabe que sólo viven en el polo sur.

En el peronismo las cosas fueron muy mezcladas. Las organizaciones obreras son, fundamentalmente, peronistas y los marxistas mojaron poco en ellas. El ejército fue el otro pilar del peronismo (desde su origen) que se benefició con toda clase de prerrogativas sobre todo en las primeras presidencias. La «cultura» fue en cambio en el peronismo una cenicienta. Materia residual, sospechosa de oligarquía. (Sin distinciones entre cultura literaria o científica o lo que fuese.) Lo único que le interesó al peronismo fue la cultura popular en su sentido más *volkisch*. El resto fue entregado a los «nacionalistas», que es la denominación local por la más universal de «fascistas». Por esas buenas razones los intelectuales argentinos durante la primera década del gobierno de Perón (1945-1955) fueron furiosamente antiperonistas y tuvieron que exiliarse en grandes contingentes. Por ello la caída de Perón en 1955 fue una fiesta intelectual, y en los años que sucedieron a su caída, hasta la intervención militar del general Onganía en 1966, la universidad argentina tuvo su mejor época.

A partir de 1966, tras la «cruzada anticomunista» del general Onganía, la intelectualidad argentina empieza un período de autorrecreación y de acercamiento al peronismo, presunto representante genuino del pueblo argentino. Los intelectuales se preconizan peronistas y en buena proporción pasan a constituir los sectores izquierdistas que apoyan el retorno de Perón. No volverían a cometer, decían, el error de la década anterior cuando su antiperonismo los separó de las masas.

Tras el breve interregno de Cámpora llegó Perón y puso las cosas en su lugar. La cultura volvió a ocupar su puesto de baja prioridad peronista y fue finalmente entregada de nuevo a los viejos caciques nacionalistas. Había que acabar con la «politización» de la universidad y eso se hizo con los mismos métodos que la primera vez: represión y reducción presupuestaria. Los intelectuales izquierdistas que se habían subido al carro «triunfante» del peronismo fueron roleados, expulsados del país o silenciados. La universidad fue entregada a la misma mezcla de fascistas e incompetentes

que caracterizó la primera década peronista. Ivanissevich, el anciano ministro de Educación, se declaró «en misión» mientras componía filípicas moralizantes y rípios hispanizantes. Carreras nuevas, como psicología y sociología, otrora líderes del continente, fueron suprimidas o clausuradas «temporalmente», previa «exorcización» de sus instalaciones. La universidad deja de ser representativa: las autoridades son designadas a dedo, mientras los líderes políticos estudiantiles son acribillados a balazos por las bandas parapoliciales. Las emisoras de televisión entregadas «al pueblo» se convierten en una combinación de seriales norteamericanos, manidos tangos, anuncios de empresas del Estado y propaganda peronista muy de tanto en tanto alternada con textos de poetas locales en tono plañidero. (De seguir así, el retorno de «Coca Cola» sería reclamado por voto popular.)

El tipo-ideal de la cultura peronista llega a su apogeo en el periplo del «brujo» López Rega y el llamado grupo de familiares o «grupo de Madrid». Luego hay un cierto proceso, una cierta apertura. Pero, ¿cómo va a ser ella posible? ¿Habrà que esperar otra vez la caída del peronismo y el retorno de los intelectuales exiliados? ¿Tendrán ahora que gastarse la mano derecha en «mea culpas» los que antes se gastaron la mano izquierda?

Guerras varias

Hay algunos juicios que siempre reaparecen a pesar de que la experiencia social los desmiente cotidianamente. Uno de ellos es el que los pueblos no pueden vivir en la anarquía o en la guerra cuando en nuestros propios ojos hay pueblos que han vivido en guerra civil por décadas. El ejemplo máximo, desde luego, ha sido en nuestro siglo la guerra del Vietnam. Todos hemos podido ver con asombro y admiración cómo un pequeño pueblo ha podido vivir, nacer, morir, trabajar durante décadas mientras enfrentaba, en lucha por su independencia, a los principales poderes militares de nuestro tiempo.

Ahora le toca el turno a la Argentina. A juzgar por las noticias de los diarios el país de la Plata está viviendo en la anarquía y la guerra civil. Bueno, la cosa vista de cerca es un poco distinta. Desde luego que hay conflictos y luchas en muchos sectores de la sociedad argentina, pero no hay propiamente una situación de guerra por cuanto no alcanza a la totalidad de la población ni a la mayoría de su territorio. Alguien la ha llamado «guerra civil limitada». A mí me parece más bien que Argentina es una sociedad en tal grado de crisis que los conflictos y luchas que normalmente existen en toda sociedad, se hacen tan evidentes que llegan a la lucha

armada. Pero esos conflictos naturalmente sólo alcanzan a las partes conflictivas. El resto de la población tiene que apechugar con sus tareas normales y con su nada fácil lucha cotidiana para ganarse el sustento y salir adelante en condiciones precarias. Lo que sucede es que las noticias sólo seleccionan lo violento y categórico que se ofrece en solución de continuidad temporal y geográfica. El lector lejano y desprevenido tiene entonces la impresión de que el conflicto es continuado y que todas las violencias son una sola violencia o a lo más corresponden a dos únicos bandos: guerrilleros y policías; lo que en nuestros juegos infantiles más pacíficos (por lo menos en el plano consciente) eran serenos y ladrones.

En ese conjunto de conflictos transformados en pública violencia hay en la Argentina actual varios grupos discernibles (prescindiendo de referirme a las manifestaciones callejeras, reclamaciones de salarios, etc., que se dan dentro de la legalidad). Las organizaciones guerrilleras no son, por cierto, mencionadas en la prensa argentina sino mediante perífrasis tan transparentes como «la organización proscrita de todos conocida» o frases similares.

El primer grupo guerrillero es el ERP o ejército revolucionario del pueblo, de ideología marxista y que sigue la teoría cubana del «foco guerrillero». Opera ahora principalmente en la lejana y miserable provincia de Tucumán y su objetivo es llegar como Castro a una lucha frontal final con el ejército.

El segundo grupo importante son los «Montoneros», compuestos por las juventudes que apoyaron el regreso de Perón y que luego, decepcionados por él, se «autoproscibieron» y se sumergieron en la guerrilla. Tiene además un partido legal muy afín a ellos, que es el llamado partido peronista auténtico. Operan en las ciudades y su objetivo es causar conmociones urbanas, que caiga el gobierno peronista actual «traidor» y que gracias a un golpe vuelva a resplandecer el auténtico peronismo, prostituido por sus herederos y la burocracia sindical.

En contra de la imagen que quieren presentar los profesionales de la confusión, de ninguna manera puede decirse que toda la Argentina de izquierda era guerrillera antes de que los partidos de izquierda legales, como el Partido Comunista, los diversos partidos socialistas y aun otros partidos revolucionarios, como el PST o el PCR, fueron proscritos. Todos ellos repudian las tácticas guerrilleras como provocadoras e insensatas.

En un estado de conflictos a flor de piel como el argentino, los grupos de violencia son muchos más. Hay algunos hasta folklóricos —triste folklorismo universal—, como un llamado «comando de moralidad Pío XII», que en la provincia de Mendoza se dedica a flagelar y castigar a las modestas meretrices provincianas.

De todo este pandemonium de grupos de violencia los más peligrosos y los más incontrolados son sin duda los de la «violencia protegida». En eso han cobrado desgraciada fama la temible «Alianza Anticomunista Argentina» (AAA), que ha actuado contra los intelectuales, actores, científicos, etc., acusados de «rojillos», que han tenido que abandonar el país. Es posible además que la temible AAA no fuera más que una cobertura para todo género de grupos parapoliciales y paramilitares actuando por cuenta de jefecillos menores. (Hay que agregar además los grupos de «custodias» o matones legales manifiestamente al servicio de la vigilancia de jefes sindicales y políticos.)

El hombre común argentino no tiene nada que temer de este surtido grupo de violentos, a no ser que sea empresario, yanqui, dirigente estudiantil, intelectual de izquierda o alguna profesión insalubre parecida. Tras una estancia de varios meses quien esto escribe no ha sido honrado con la visión más o menos heroica de la guerrilla en acción. En cambio, sí he podido contemplar varias veces la acción descubierta y prepotente de los grupos de «violencia legal» en plena calle de Buenos Aires y a la luz del día.

Precisamente, que el Estado tenga que apelar a estos grupos de matones parapoliciales tan conspicuos, con toda la impopularidad que su acción reporta, es un grave síntoma de su debilidad, ya que se siente impotente para usar la represión con los mecanismos jurídicos que pone a su disposición la constitución liberal y el Estado de Derecho. En esto, como en tantas otras cosas, se perfila el drama de un país como Argentina que no se preocupó mucho de armar un Estado eficiente porque funcionaba sobre el supuesto que iba a ser la tierra de la paz y la abundancia. Las cosas, desgraciadamente, han ido por otros derroteros.

Réquiem por la clase media argentina

Hace una década el brillante historiador y ensayista argentino, ya fallecido, Melcíades Peña —una especie de Deutscher criollo— escribía estas proféticas palabras:

La Argentina es el país del «como si». Durante muchos años lució como si fuera un país moderno en continuo avance, pero en realidad iba quedando cada vez más atrasado respecto a las naciones industriales; luego, desde 1940 hasta 1955, pareció como si la población toda se tornase cada vez más próspera, pero en realidad el país se descapitalizaba velozmente día tras día, y mientras se iba quedando sin medios de producción se atiborraba

de heladeras, de telas y de pizzerías. Precisamente, el peronismo fue en todo y por todo el gobierno del «como si». Un gobierno conservador que aparecía como si fuera revolucionario; una política de estancamiento que hacía como si fuera a industrializar el país; una política de esencial sumisión al capital extranjero que se presentaba como si fuera a independizar a la nación, y así hasta el infinito.

La estupidez de los antiperonistas que derrocaron a Perón en 1955 ha obligado a postergar en 18 años que estas palabras de Peña se cumplieran. Lo hicieron puntualmente con el retorno del peronismo al poder en 1974, aureolado su líder por el exilio.

En un año de gobierno peronista, Argentina tocó fondo. Está no en crisis, sino en bancarrota. Y es que el peronismo intentó repetir inimaginativamente el experimento distribucionista de la primera presidencia. Es decir, mejorar a la clase obrera sindicalizada a expensas no de la burguesía industrial ni de los latifundistas, sino de los sectores de ingresos fijos, de la pequeña burguesía rentista y los agricultores.

Sólo que ahora el país no cuenta con las formidables reservas de oro y divisas de que disponía cuando Perón subió al poder en 1945 (unos 1.425 millones de dólares, según el Banco Central).

Porque ya no había nada que repartir. Décadas de populismo habían descapitalizado el país. El coste de vida se multiplicó por cinco en un año y al mismo ritmo se devaluó la moneda. El problema es mucho más feo: a quién cargarle los costos del desastre. Y el peronismo en la hora de las vacas flacas vuelve a las mismas soluciones que en la hora de las vacas gordas. Como su base sindical no le permite cargar los costos a los obreros sindicalizados, hay que cargar la catástrofe a las clases medias. La clase media se pauperiza entonces vertiginosamente.

Es irónico que ello suceda, precisamente en uno de los países que inspiró a los latinoamericanistas norteamericanos para contraponer una «nueva» sociedad latinoamericana de clase media a la «vieja» sociedad latinoamericana «feudal».

Pero hay que reconocer a los ingenuos yankis que tuvieron tantos justificantes para engañarse por el atractivo «como si» de la *Argentine way of life* de sus clases medias, como otros tantos viajeros europeos (reléanse, si no, las páginas de nuestro Ortega de los años treinta). Porque hasta hace poco, Buenos Aires —la «Atenas del Plata» de sus poetas románticos— tenía el nivel cultural más alto de nuestro —por lo general provinciano— mundo hispanoparlante. Plurilingüismo, experimentación plástica, psicoaná-

lisis, música atonal, colocaron a Buenos Aires hasta hace poco en el mismo ranking que Londres o Nueva York.

De pronto la ilusión ha terminado. La brusca devaluación de la moneda saca del horizonte del hombre medio sus más conspicuos lujos culturales. Cuadros, libros, análisis y, sobre todo, el viaje «de status» a Europa le resultan inalcanzables. Como sus correligionarios de la postguerra europea hay que medir roñosamente la gasolina y racionar los gastos de la comida; Argentina, como hace pocos años Uruguay, se incorpora a la Latinoamérica pobre de la que hasta hace poco se había sentido ajena. Los más ambiciosos emigran. Argentina, otrora uno de los grandes países receptores de inmigrantes europeos, se convierte en un país de emigrantes.

La depauperación de las clases medias argentinas y la frustración de los hijos de quienes fueron allí a «hacer la América» y no a vivir más o menos como en sus pagos de Sicilia o Galicia, hace de la situación argentina una de las más prerrevolucionarias de toda América. Porque es la «deprivación relativa», como decía el viejo Marx, el campo abonado para la revolución. En Argentina los miserables de los pueblos del interior viven miserablemente desde la noche de los tiempos, los obreros sindicalizados conservan sus «conquistas» ganadas con el peronismo. Son las clases medias las más privadas. No es extraño que sus hijos más desesperados sean los que ingresan en la guerrilla.

Yo no creo que en esta Argentina «al borde del abismo» haya lugar ya para más experimentos liberales o populistas. Los tercerismos utópicos no sirven cuando se ha tocado fondo. O se producirá una revolución socialista (en la forma que se quiera), de tan improbable éxito como todas las revoluciones, o mucho más probablemente la implantación de un régimen dictatorial autoritario o reaccionario (llámese como se quiera) que recapitalice a este país de enormes recursos en la forma tradicional, es decir, a expensas de los de abajo.⁵

Pero en este caso los represores tendrán que serlo de verdad y ensuciarse hasta la ingle con sangre, tortura y lágrimas. El mito liberal del hombre de a caballo, reconvertido de la noche a la mañana en ilustrado presidente constitucional, no será posible en estas latitudes. Cada cual será cada cual.

5. Para una revisión autocrítica desde la izquierda de su ingenua exaltación previa del «foquismo» guerrillero, véase la lúcida obra de Régis Debray, *La crítica de las armas* (Madrid: Siglo XXI, 1975).

Triste epílogo

La revisión que tengo la oportunidad de efectuar, sobre el texto de *Argentina: el fin de una era*, me da la posibilidad de actualizar ciertos aspectos del análisis. Si algo tiene de relevante esa colaboración es su capacidad predictiva. Eso es lo que me ha llevado a mantener el texto idéntico, en cuanto a fondo conceptual, modificar sólo la forma y hacer un apéndice en el que figura una rápida actualización de los tres o cuatro componentes básicos del trabajo original.

En lo que el peronismo —o mejor en lo que a la cúpula dirigente del peronismo— se refiere puedo confirmar lo dicho en «La descomposición del peronismo» y «Anatomía de una camarilla». Pero, además, agregaré que si bien es cierto que los «sucesores» de Perón eran un grupo de «gángsters» cuyo fin consistía en enriquecerse, los medios que utilizaron fueron múltiples. Uno de ellos, transformado luego en un fin en sí mismo, fue el intento de decapitación de la clase obrera organizada a través de sindicatos. El «grupo Madrid» y sus adeptos de última hora procuraron corromper o sojuzgar a los sindicatos porque suponían que eran los únicos que se les podían oponer a sus deseos de perpetuación (mágica) en el poder. Por supuesto, se olvidaron de otro sector sumamente importante: el Ejército.

En medio de la desorientación y desmoralización de las bases obreras, éstas sólo atinaban a responder desarticuladamente, mientras las Fuerzas Armadas esperaban el momento de hacerse cargo de la conducción. Lo hicieron en el momento justo: los sindicatos deteriorados, sus principales dirigentes muertos o encarcelados (por el gobierno popular) les brindaron el espacio político que necesitaban.

Recién ahora, después de cuatro meses de gobierno militar, comenzaron a sentirse las primeras reacciones sindicales, aunque aún necesitan un poco más de tiempo de «desintoxicación».

Por otro lado, los intelectuales, que siempre están prestos a «revisar» sus posiciones, en el caso del peronismo lo hicieron de tal manera que les permitió subirse —justo en el momento del triunfo electoral justicialista— al carro triunfante.

O la deslealtad política es una gran característica de los intelectuales o su permanente confusión entre expresión de deseos y verdades o modelos y realidades los lleva muchas veces a cometer deslealtades. El caso es que casi todos (y eran muchos) se unieron al triunfo peronista de 1973, auto-proclamándose «luchadores de dieciocho años de resistencia peronista». (Sin embargo, no tengo tan mala memoria como para no recordar que en el año 1966 en las manifestaciones peronistas no se juntaban más de tres.)

Y el caso es, también, que ahora esos mismos intelectuales son los que niegan sistemáticamente su participación en ese gobierno. ¿Hasta cuándo el mismo juego? ¿No será que son incapaces de realizar una seria auto-crítica? Entonces, ¿por qué se sienten con el permanente derecho de exigirselas a los dirigentes sindicales y a los grupos guerrilleros?

La cultura (en su sentido más amplio) siguió ocupando, hasta el final, el lugar que siempre tuvo dentro del peronismo: sitio de invitada de piedra. Dentro de ella la universidad fue una de las más afectadas. Se dismantelaron física y «científicamente» todos los centros de estudios universitarios. Ya no sólo se nombraban las autoridades a dedo, sino también el plantel docente. Para acceder a un puesto docente el único currículum válido consistía en tener amigos dentro de la ortodoxia peronista. Para ser alumno universitario sólo bastaba recitar «Argentina Potencia», «Patria Peronista» o cualquier otro slogan propagandístico barato.

Fueron reelaborados toda una serie de conceptos acerca de la función de la mujer en la sociedad, llegando a la conclusión que su lugar era el hogar, su tarea tener hijos. La independencia se consideraba una sospechosa desviación. Como consecuencia se agudizaron las discriminaciones en las fuentes laborales. Todo lo que se planteara respecto a la liberación o igualdad era considerado como peligroso de estar asociado al poder «marxista-leninista-sionista» internacional. El grado de represión ejercido por los poderes oficiales y todos los grupos «para» consecuentes llegaron a ser demenciales.

Uno o dos meses antes de la caída del gobierno las calles de Buenos Aires no se diferenciaban en absoluto a los films del *Far West*. En cualquier momento y lugar hacían su aparición los grupos de *cowboys* montados en sus Fords Falcon (color verde) y comenzaban a desparramar balas a diestra y siniestra. La víctima podía ser cualquiera que llevara el cabello largo, usara barba, *jeans* o tuviera un libro debajo del brazo (aunque fuera de Borges).

La guerrilla cada vez actuaba con más fuerza y respaldo. La gran depauperación de los sectores medios hacía en muchos casos que sus hijos optaran por esta vía. A ellos se sumaban los grandes grupos de obreros cañeros, hacheros, campesinos u obreros industriales que se iban incorporando. Estos grupos, en algunos casos —como el de los cañeros tucumanos—, llegaron casi a la totalidad de la comunidad de la zona. Este hecho provocó el «cuasi» surgimiento de un poder provisional paralelo y la consecuente actitud demoledora de las Fuerzas Armadas. Se bombardeaban las zonas afectas a la guerrilla y comenzaron a aplicarse planes de establecimientos de industrias, creación de nuevas ciudades, etc. Todo tendiente a eliminar la «tierra fértil» en la que germinaba la semilla de la subversión.

En conclusión: el peronismo, que había llegado al poder con una alianza que comprendía prácticamente a todos los sectores de la vida política del país, tuvo un final de tristeza y soledad. Nadie elevó una voz de protesta. Los obreros que fueron llamados a la huelga concutieron masivamente a sus tareas. Éste fue el triste epílogo de una larga historia de treinta y tres años argentinos.

JUAN F. MARSAL

Departament de Sociologia
Universitat Autònoma de Barcelona
Bellaterra, Barcelona

JUANA AZURDUY

Buenos Aires
Argentina